

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *El trabajo*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Dama del Castillo*, balada por D. José Lamarque de Novoa.—*El hidalgo Gabriel Tellez*, por D. Federico de Sawa.—*La Mendiga*, (conclusion) por D. José Muñoz Gaviña.—*Espliteacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.—*Pensamientos*, por la Vizcondesa de Ranneville.—*LÁMINA*.—*Un figurin de modas*.

EL TRABAJO (1).

III.

Consuelo amaba, porque el amor es inseparable de las condiciones blandas, suaves y dulces como la suya.

Amaba, desde la infancia, á un primo suyo, hijo de una familia bien acomodada, y que habia conservado sus riquezas, al mismo tiempo que los padres de la jóven habian perdido todas las suyas, por un capricho de la suerte.

Su primo hacia tres años que viajaba y nada sabia de las desgracias de Consuelo y de su madre.

Llegó el dia señalado para su vuelta y la tristeza cubrió, como una negra nube, el corazon de la jóven: temia que al ver su misera posicion el corazon de su primo sufriese mudanza, como ella habia oido decir que sucede muchas veces en la vida.

Pero no sucedió así: el que amaba Consuelo era digno de ella, y sabia apreciar, en su justo valor, su resignacion á los decretos del Altísimo, y su cariño filial.

Dos meses despues de la llegada de su primo, la bordadora ceñia su frente con el velo nupcial, que su anciana madre le prendia con mano trémula de alegría en tanto que sus labios pronunciaban dulces palabras de bendicion, y de sus ojos brotaban lágrimas de felicidad. La anciana murmuraba:

— ¡Dios te bendiga, hija mia, como te bendigo yo! Dios dé á tu amor conyugal la ternura, la abnegacion de tu cariño filial! que la Virgen soberana, madre comun de nuestro sexo, sea el consuelo de todas tus aflicciones: por que no quiero que sueñes con un porvenir de delicias, mi Consuelo:

en todos los estados de la vida hay penas, porque si nó, no se llamaria este mundo valle de lágrimas: en todos los estados hay deberes que cumplir, hay que rendir culto al trabajo: pero tu no desmayarás en la senda que hoy abre Dios ante tus ojos, pues has seguido con la fé en el alma y los ojos en el cielo otra mas difícil.

La buena madre no se engañaba: la que habia sido una hija tan ejemplar debia ser una ejemplar esposa: viéndola, aprendí de cuantas maneras se puede cumplir la ley santa del trabajo y me persuadí de que en todos los estados es culpable la ociosidad, y odiosa la apatia.

La fortuna, próspera para Consuelo, la alejó de mí: pero su recuerdo permanece indeleble en el fondo de mi alma como permanecen los recuerdos de todo lo que es bueno, puro y santo.

Aun creo verla ocupada constantemente de su casa, de su marido y de sus pequeños hijos: la recuerdo leyendo en voz alta á su anciana madre las oraciones del dia que ya no podia leer esta por sí misma, á causa de la debilidad de su vista; y recuerdo que su casa elegante era por su orden, por su alegría, por su aseo, por su amor al trabajo, en fin, lo que era el pobre y modesto nido donde yo la conocí, y donde bordaba cantando, desde antes de mostrar la aurora su primera sonrisa: un trasunto del cielo.

Porque habeis de saber, lectoras mias, que á mi modo de ver, no trabaja solo la que se ocupa materialmente de una tarea asidua, de una labor de aguja, no: en mi concepto, trabaja tanto ó mas que esta la que vigila á sus criados, y les obliga á mantener el buen orden que tiene establecido en su casa: la que enseña á sus hijos á rezar y á comprender lo que rezan: la que busca las miserias ocultas y las socorre generosamente: y la que embellece su hogar con los primores que aprendió en su infancia.

Una de las cosas, que mas enaltecen á la MADRID 31 DE ENERO DE 1864.

(1) Véanse los números 2 y 5.
AÑO I. — NÚM. 4.

mujer, es ese *culto del hogar*, como decia un célebre novelista francés, que propagó muchos errores, pero que sembró tambien en sus libros infinitas ideas tan bellas como buenas.

Si: la coquetería doméstica, si así puede llamarse, habla muy alto en favor del talento y de la bondad de la mujer.

Adornar el hogar ¿no es amarlo?

Cuidar la casa, perfumarla, llenarla todo lo posible de objetos lindos que halaguen la vista, de objetos cómodos que la hagan agradable ¿no es decir que se prefiere la casa á todo, y que en ella se halla el reposo, la alegría, la felicidad?

Y el pensar en cómo se añadirá un encanto más á la casa ¿no es trabajar tambien con la imaginación, con el buen deseo? y el bordar un almohadon para apoyar los piés, una pantalla para la chimenea, un acerico para la mesa del tocador ¿no es trabajar con un objeto meritorio, que produce frutos encantadores?

Mucho compadezco á las mujeres exhaustas de habilidades, á las que van á buscar fuera de su casa la distracción y el recreo: la sociedad es bella y agrada, pero casi siempre deja fatigados el espíritu y el cuerpo: nada hay verdadero más que la dicha del hogar, y este, habiendo afición al trabajo, se embellece á tan poca costa! ¿es tan poco dispendioso el hacerlo encantador! ¿es tan dulce, tan grato el adornarlo! ¿es tan hermoso el formarse un nido, donde descansar de las borrascas de la vida!

Jamás he comprendido la habitacion de una mujer tosca, desaliñada, fría é invadida por el descuido; la concibo, sí, mas ó menos modesta; pero desabrigada, sin cortinas, sin flores que hablen de la bondad de Dios, sin cuadros que hablen de las artes, sin perfumes que halaguen los sentidos, jamás he sabido comprenderla.

Nunca me he imaginado una mujer bella, delicada, distinguida y admirada, corriendo de tertulia en tertulia, de paseo en paseo, visitando mucho, dándose mucho á ver en una palabra: la he imaginado, sí, leyendo sentada en un elegante silloncito al lado de su chimenea, ó bordando junto á un velador, cerca del cual hay una modesta copa llena de rojas áscuas, bien vestida, peinada con gusto: la he visto rodeada de algunos buenos amigos en las noches de invierno sirviendo, con encantadora gracia, á cada uno su taza de té, ayudada en tan grata tarea por su mismo esposo, pues no es necesario, para ser bella y distinguida, el estar rodeada de servidores, de fausto y de ostentación.

Pero todo esto, en su casa, *en su hogar*, embellecido por su prevision, alegrado con su sonrisa, animado por su inteligencia.

No hay ninguna mujer que, si quisiera,

no pudiera ser encantadora; la menos linda, la menos jóven, lo sería si le ayudase una firme voluntad: basta para esto un buen carácter, una buena educación, la razón natural, y la afición al trabajo: al trabajo *mental* que crea, al trabajo *material* que ejecuta; al trabajo mental que es la reflexión, al trabajo material que es la belleza visible, y por lo mismo la más fácil de comprender, y la que más nos seduce.

El trabajo es el auxiliar constante y benéfico de la mujer: con el trabajo, transforma sus adornos, se rodea de mil atractivos, hace brillar su talento, su bondad, su hermosura, sus habilidades, embellece su casa, por modesta que sea su fortuna, y se hace amar de cuantos la tratan.

No huyamos, pues, la santa ley que tales ventajas proporciona. Dios, al imponérsela, nos ha dado los medios de utilizarla en nuestro provecho, y de su cumplimiento, como del de todos los preceptos divinos, nacen el sosiego, la paz, la alegría, los dulces encantos del hogar, y la felicidad de la familia.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA DAMA DEL CASTILLO.

(Balada.)

—«Cansados están mis ojos,
Cansados ¡ay! de llorar;
El astro de mi esperanza
Tocando al ocaso está.

Partió mi esposo á la guerra
Con su mesnada leal;
Partió, partió... ¡desdichado!
Dios sabe si volverá.

Yo le ví desde la torre
De mi castillo feudal,
Le ví montar una tarde
Sobre su noble alazan.

Vile ponderosa lanza
Con fuerte brazo empuñar,
Y escuché su *adios* postrero
Llena de angustia mortal.

Ráudo atraviesa la selva...
Con él sus vasallos van;
Del sol el último rayo
Ví en su yelmo reflejar.

Mas luego... luego á mis ojos
Del verde bosque detrás
Se perdió, cual desaparece
Lejana vela en el mar.

Mi destino es desde entonces
Sufrir en la soledad;
Que pasan días y nunca,
Nunca le veo llegar.

En vano dirijo al cielo

Tierna plegaria en mi afan...
 ¿Quién mis dudas, mis temores
 Bondadoso calmará?
 ¡Ay! tristes están mis ojos
 Y cansados de llorar:
 El astro de mi esperanza
 Tocando al ocaso está. »—

Así, mirando al cielo,
 Doliente Castellana
 Sus quejas exhaló.
 Y tres veces la aurora
 Hallóla en su ventana,
 Y en tintas de oro y grana
 Su frente coloró.

En vano la infelice
 Alivio hallar espera
 Al fiero padecer;
 Que pálidos guerreros,
 Tras fúnebre litera,
 Del monte á la pradera
 Se miran descender.

Ya llegan al castillo:
 Su paso misterioso
 Detienen... ¡oh, piedad!
 Volveos, ¡ay! la mísera
 Aun sueña con su esposo;
 Su místico reposo
 Benignos respetad.

Tres golpes se escucharon que en el bosque
 Los ecos repitieron con fragor:
 Giró la puerta; el fúnebre cortejo
 Del castillo en el átrio penetró.

Negro túmulo á poco se elevaba
 En recóndito, oscuro panteon,
 De cien hachas cercado, que esparcían
 Moviente luz siniestra en derredor.
 Y allí un punto la triste Castellana
 De su esposo el cadáver contempló;
 Pálida y sin aliento cayó en tierra...
 Solo consuelo le quedaba en Dios.

Sevilla.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

EL HIDALGO GABRIEL TELLEZ,

I.

Era una fría noche de diciembre.
 Una de esas despiadadas noches en que
 el frío arrecia y el huracán zumba, y que
 solo pueden tolerarse al amor de la lum-
 bre ó arrebujado en el lecho.

La acción de nuestra historia ocurría en
 la inclita villa del oso y del madroño, allá
 por los años de 1607, reinando en España

el inofensivo monarca Don Felipe III, que
 santa gloria haya.

Por aquellos tiempos de bendición en
 que no habia alumbrado, ni asfalto, ni
 abrevaderos en la Puerta del Sol, ni simo-
 nes, ni otras mil mejoras que debemos á
 nuestro flamante siglo del vapor y de la
 electricidad, Madrid de noche, y sobre todo
 en las oscuras noches del invierno, pre-
 sentaba un aspecto algo imponente y mas
 de un tantico medroso.

La turbia luz de las candelillas que ilu-
 minaban débilmente un viejo retablo, in-
 terrumpia en alguna que otra escusada ca-
 lleja, el denso manto de sombras en que
 estaba envuelta la capital.

Al abrigo de las tinieblas, los rufianes,
 mohatrerros, dueñas de gran camándula,
 mozas de partido, cofrades de la hampa,
 asesinos y ladrones, gentecilla aviesa, tras-
 nochada y maleante, mochuelos de la villa
 en cuyos siniestros rostros jamás reflejaba
 la pura luz del sol por ser la hora de su
 sueño, zurcidores de embustes y traficantes
 de la honra ajena, iban y venian, ro-
 bando y cometiendo todo género de desa-
 ciertos y atropellos, no importándoles un
 ardite el continuo vigilar de los alcaldes de
 casa y córte, que rodeados de corchetes,
 vulgo cuervos, y alumbrados por el pálido
 reflejo de exíguos farolillos, velaban el
 sueño de los honrados habitantes.

Madrid á deshora en aquellos tiempos
 metía miedo.

II.

Habia entonces en la calle de Preciados
 una hostería, frecuentada de espléndidos
 hidalgos y mozas de la vida airada.

La tal hostería se llamaba de las *Palmas*,
 según lo denunciaba el enorme rótulo que
 en gruesos y abigarrados caracteres cam-
 peaba sobre su puerta.

Dentro de ella, en una vasta sala ilumi-
 nada de trecho en trecho por ahumados
 faroles que prestaban una luz turbia, opa-
 ca; agrupados alrededor de anchas mesas
 de pino, envueltos en una densa atmósfe-
 ra, jugaban, bebían, charlaban armando
 una barahunda infenal jóvenes alegres y
 de costumbres disipadas, que sentían tras-
 currir sus mas floridos años desde el Men-
 tidero ó gradas de San Felipe el Real, has-
 ta el Prado de San Gerónimo, la huerta de
 Atocha, los jardines del Buen-Retiro, ó el
 sotillo del Manzanares, y de allí al corral
 de la Pacheca ó al de la Cruz, ó en la ta-
 berna, en la mancebía, en el garito, ó en
 otros lugares *non sanctos*, en los que gasta-
 ban briosamente sus relucientes doblones,
 rodeados de un enjambre de paniaguados y
 deudos que les alentaban en sus desmanes
 y compartían sus goces, mientras manta-
 viesén herradas las bolsas, ó les quedase

libre de las garras de los usureros algun resto de su hacienda.

En aquel recinto imperaban el placer, la impureza, el desorden.

En un rincón de la mencionada estancia, sentados delante de una mesa sobre la que se veían algunas botellas y los restos de una succulenta cena, hallábanse dos hombres de diversas edades y condiciones, que departían acaloradamente en voz baja, mojando de vez en cuando la plática con algunos tragos del seco jerezano.

El uno podría contar de 36 á 38 años: gallardo, de apostura bizarra; ojos negros y rasgados, que irradiaban astucia y valor al través de sus sedosas pestañas; largo y rizado el cabello, á usanza de la época; frente ancha y noble; nariz correctamente modelada y boca de gruesos labios, sombreada por un espeso bigote á la borgoñona: de color moreno, todo simétricamente armonizado, formaba un conjunto hermoso si sonreía tranquilo ó enamorado; sombrío, receloso, fiero, si su ceño se enarcaba contrariado por el despecho ó por el furor; tan simpático, tan bello como era aquel semblante cuando lo acariciaban las puras brisas de amor, tan rudo, tan cruel aparecía si lo jaspeaba el huracán de las pasiones.

Su traje era por demás sencillo y cortesano: gorguera alta y rizada de Cambray; colete galoneado de oro, que ocultaba el jubón de terciopelo azul, acuchillado de blanco; anchos gregüescos de la misma tela del jubón, y calzas de gamuza, amen del sombrero de fieltro de ancha falda y flotante pluma, derribado sobre las cejas, y cumplida capa roja prendida al cuello por cordones de plata, entre cuyos revueltos pliegues asomaba la brillante contera de su larga espada de torcidos gavilanes, que pendía de los tiros del talabarte. Con tan galano y ostentoso atavío, el hidalgo estaba gallardo.

Llamábase Gabriel Tellez y era mozo de noble solar y gran valido de las musas; la posteridad admira aquel célebre ingenio, que supo ocupar un eminente puesto en nuestro Parnaso, brillando al nivel de Lope y Calderon, encubierto bajo el pseudónimo de Tirso de Molina.

Don Gabriel habia alzado un altar en su corazón á las mujeres, buscando siempre en ellas ese fantasma divino que se llama amor: era celoso partidario de su Dios, de su rey y de su dama; altivo sin pretensiones, bueno por instinto, franco por naturaleza, y jamás dió entrada en su honrado pecho á bajeza ni felonía.

Galanteador, audáz, valiente, ¿quién resistía á las flechas de sus ojos ó á los golpes de su espada? Liberal, espléndido, deramaba el oro á manos llenas, y por tanto no habia llave que permaneciese cerrada á la influencia de sus escudos, ni paje,

dueña, rufian ó rodrigon que perseverase inflexible en oponerse á sus deseos. Unid á esto un alma hidalga, sensible, apasionada, admiradora de todo lo bello, entusiasta de todo lo grande, y un corazón de poeta soñador, impresionable, ardiente, corriendo en pos de la dicha sin alcanzarla jamás, y formareis una aproximada idea de la altivez, de la magnificencia que emanaba de todo el sér del hidalgo Gabriel Tellez.

Su acompañante era el escudero, y se llamaba Ginés.

El traje de Ginés era humilde: su sombrero no lucía pluma ni cintillo; su rostro, aunque vulgar, picaresco y malicioso, y su apostura poco bizarra.

Vestia un jubón de fustán descolorido por el uso, sayo trenzado, ferreruelo de paño de Segovia, y ceñida una larga espada de las viejas de Cuéllar.

III.

—¿Y dices, Ginés?—esclamó don Gabriel.

—Dígame que andamos metidos en malos empeños. Esta tarde en el corral de la Pacheca me habló la Mari-Paz, que tiene un rostro de mermelada y un pico de perlas, y lin lezas tales fueron, que á saberlas tú...

—Habla, habla pronto, Ginés;—repuso impaciente.

—Don Gonzalo anda diciendo á parientes y deudos, que doña Esperanza te odia, te desprecia, y prefiere su amor al de un hidalguillo huero y enhambrido como tú.

—¿Poder de Dios! ¿Eso dice el miserable?

—Y aun tengo para mí, á colegir por la lengua de vibora del tal caballero, que á estas horas medio Madrid ha tomado cartas en el asunto. Eres muy conocido en la villa, y la murmuración y el cabildeo son comidilla favorita de ociosos y aventureros.

—¡Oh! En Dios y en mi ánima, que no ha de burlarse impunemente de mí don Gonzalo. No contento con destrozarme el corazón robándome á Esperanza, la antorcha de mi vida, el ángel de mis amores, que prefiere su cariño impuro al rayo de sol que inunda mi alma y arrebató mis sentidos; no satisfecho aún con tal triunfo, atenta contra el sagrado de mi honra, y eso no he de tolerárselo, nó por mi fé.

—Calma, señor mio; achaque de hombres de ingenio es la mesura en los embates de la vida.

Don Gabriel meditó un momento.

—¿A qué hora habla por la celosia con Esperanza?—dijo con voz ronca.

—A las diez.

—En buen hora... Han dado ya las ánimas: paga el gasto y espérame en la posada, Ginés.

—Cuida no enredarte, amo mio, en un laberinto dificil y sin salida.

—Las marañas que se forjan para apriionar mi honor, las rompo siempre á cuchilladas.

Esto dicho, don Gabriel, torvo y nublado el ceño, se rebozó hasta los ojos en su ancha capa, se apretó el chapeo hasta las cejas, y salió precipitadamente de la hostería, llevando un infierno de desesperacion y celos en su mente.

Ginés envasó un cubilete de un sorbo, y se encogió de hombros murmurando para sus calzas:

—Mala simiente es amor contrariado.

(Se continuará).

FEDERICO DE SAWA.

LA MENDIGA.

(Conclusion.)

Volví á entrar en la casa de juego: subí precipitadamente la escalera por miedo de despertarla y sin hacerme ninguna ilusion sobre la vil accion que acababa de cometer, pasé vivamente la mano por mi rostro para disipar mi inquietud y entré en la sala.

Arrojé á la ventura mi doblon y vino á caer sobre una carta en que gané.

Doblé, y gané tambien.

Tripliqué y gané todavia.

Estremecido, con una nube ante los ojos, zumbándome los oidos, jugaba cual un borracho, cual un loco, y siempre ganaba. A cada golpe oia vagamente en torno mio, risas, exclamaciones, murmullos, advertencias inútiles; y cada golpe que jugaba mas temerariamente, mas ganaba y siempre ganaba.

El oro y los billetes de Banco pronto se apilaron bajo mi mano.

—Gana mas de treinta mil duros, dijo una voz detras de mí.

Aquellas palabras me devolvieron repentinamente mi sangre fria.

Treinta mil duros! Era mucho mas de lo que habia perdido: encontraba allí mas que la fortuna de mi madre.

Con una mano trémula de alegría, metí el dinero en todos mis bolsillos; y haciendo un saludo definitivo á los jugadores, llenos de consternacion, al ver mi marcha, me retiré.

Al abrir la puerta para tomar la escalera, el primer recuerdo que me ocurrió fué el de la mendiga.

Bajé rápidamente, prometiéndome devolverle con usura y creces su doblon.

En vano la busqué por todas las calles de alrededor: hasta cometí la imprudencia de volver á la casa de juego y preguntar al portero si la conocia: pero este jamás la habia visto.

Quebrantado de emociones, volví á mi

casa y me hallé tan fatigado que no tardé en quedarme dormido.

IV.

La mañana siguiente era de uno de los dias que me tocaba de guardia en el hospital.

Me levanté demasiado tarde para ir á cumplir con mi deber; me vestí y me presenté á mi madre.

—Qué hay? me dijo al verme; ¿no has ido hoy al hospital? ¿Estás enfermo?

Apenas hubo pronunciado mi madre estas palabras, me arrojé de rodillas delante de ella.

—No, la respondí: no estoy enfermo; pero permitidme que dé mi dimision y volvámonos á nuestro pueblo.

—¿Cómo! ¿Qué quiere decir eso?

Entonces, y sin querer abandonar mi actitud suplicante, se lo confesé todo.

Mi madre estaba dotada de un corazon indulgente; mis ojos, fijos sobre su rostro durante esta penosa confesion, no sorprendieron en ella un movimiento de inquietud ó de cólera: no vi mas que compasion.

Agoviado con aquel remordimiento, mas cruel para mí que las mas violentas reconvencciones, sentí que los sollozos y las lágrimas apagaban mi voz.

Mi madre consintió en todo; pero, antes de partir, quedó acorde conmigo en que buscaríamos por todas partes á aquella pobre muchacha sin la cual los dos hubiéramos quedado arruinados sin remedio. Al efecto, se practicaron las mas activas diligencias, pero inútilmente. Por fin, al cabo de un mes, habituada mi madre á visitar las habitaciones de los pobres, me dijo un dia:

—Creo haber descubierto á la que buscábamos.

Sin perder tiempo, ni dar lugar á mas esplicaciones, coji el brazo de mi madre para que me condujera al punto donde creyó que existia el ángel á quien debiamos nuestra salvacion.

Durante el camino me contó mi madre que me llevaba á casa de dos mujeres que eran la hija y la viuda de un antiguo militar que habia muerto sin dejarles recurso alguno.

La miseria, las privaciones, los pesares habian ocasionado á la madre una enfermedad peligrosa, y la hija, que era la única que podia trabajar, se consumia dia y noche sobre las labores de la aguja, cuyo producto estaba muy distante de bastar á sus necesidades. Sus vecinas, casi tan miserables como ellas, se deshacian en elogios acerca de su virtud y su belleza.

Llegamos á una casa de miserable apariencia, situada en un barrio bajo, y despues de haber pasado un oscuro corredor

y subir una estrecha escalera, nos encontramos en una bohardilla mas sombría todavía.

Allí, en un mezquino cuartucho, sin cortinas, sin muebles, sin fuego, había una pobre cama, donde tiritaba de frío una infeliz mujer moribunda.

A la primera mirada reconocí á la jóven del doblon de oro, á la mendiga dormida de la casa de juego.

Asistia á su madre y le daba una bebida de agua de canela, único remedio que habia podido adquirirse.

Me preguntó mi madre al oido si era ella, y le contesté que sí.

Nos aproximamos al lecho, examiné á la enferma y entretanto los ojos de su hija buscaban con ansiedad su sentencia en los míos.

Al pronto no me pareció que la enferma estuviese en peligro de muerte y me apresuré á declararlo así, pero esta me dijo sacudiendo la cabeza:

—Señor médico,—al entrar me habia yo anunciado como tal—quizas hubiera podido salvarme hace un mes; hubiera sido preciso para eso tener un poco de dinero con que comprar los remedios y no teníamos ni aun para comprar pan; he enviado á mi hija á mendigar tres noches seguidas: ved si el mundo es duro y cruel, ha vuelto sin traer nada. La bondad de Dios nos trae al fin almas compasivas como las vuestras; tanto mejor para mi hija, que tal vez hallará algun apoyo sobre la tierra; en cuanto á mí, es demasiado tarde: no es tiempo de salvarme ya.

No podia sostenerme en pie; me senté en la única silla que habia en la casa.

Mi madre ofreció entonces un doblon de oro á la infeliz niña, pero esta lo rehusó. Yo, al verlo, la prometí asistir con el mayor cuidado á su madre, y exigí que tomase la moneda: entonces la jóven alargó su mano, é hincándose de rodillas, me abrazó con la mayor efusion: no podia la infeliz comprender nuestro interés.

Yo me hallaba aterrado con las palabras que habia oido á la anciana; palabras que me hacian tan cruelmente responsable de la muerte de aquella desgraciada.

Ofrecí no abandonar á su madre, traté de tranquilizar á esta; pero una risa irónica fué su respuesta.

Despues de un instante de silencio:

—No un médico necesito, dijo, sino un sacerdote: hacedlo venir inmediatamente.

¡Horrible recuerdo, espiacion mas grande que la falta!

La pobre mujer habia dicho verdad: habia su mal hecho tales estragos que no era posible curarla; murió, pues, dándome las gracias y bendiciéndome.

Mi madre recogió á la jóven, la consoló y la animó.

Yo envié mi dimision á la direccion del hospital, y terminados nuestros preparativos, Gertrudis—tal era el nombre de la mendiga—consintió en acompañarnos á nuestro pueblo.

Calmada su primera desesperacion, á pesar de todos nuestros esfuerzos para hacerla feliz, se veia en ella una tristeza invencible é inesplicable, al parecer, en nuestra nueva situación.

Las bondades de mi madre, sin embargo, no cayeron en una tierra ingrata porque Gertrudis daba sin cesar muestras de respeto, de ternura y de reconocimiento y cada dia queriamos mas á aquella noble niña. No obstante, esta iba enflaqueciendo y consumiéndose por momentos y la palidez de su rostro indicaba los tormentos de su corazon.

No habia ninguna razon física para aquel estado de debilidad: sospeché mi madre una causa moral y solamente la autoridad de una amiga y de una bienhechora hizo que Gertrudis se la confesase.

La pobre niña dejó escapar su secreto.

V.

En vida de su padre habia hecho conocimiento con un jóven que habia querido casarse con ella; pero los padres de este jóven, ambiciosos por el bienestar de su hijo y poseedores de alguna fortuna, habian negado su consentimiento á aquella union por la pobreza de Gertrudis.

Poco tiempo despues, habia salido esta con su madre para Madrid y los dos amantes habian dejado de verse, pero sus corazones habian permanecido en la misma disposicion: Gertrudis habia recibido varias cartas en las que él le confirmaba su amor; pero á pesar de eso, Gertrudis no veia ninguna esperanza, convencida de que los padres de su amante jamás se resignarian á casarle con una mujer tan pobre.

Tal era el motivo de su pesar.

Inmediatamente mi madre escribió á los padres del jóven, de quien habia hablado Gertrudis, que razones particulares y un deber de reconocimiento la obligaban á ocuparse del porvenir de esta, y que, si su hijo permanecia siempre en las mismas disposiciones, podia contar con un dote de seis mil duros.

El correo trajo muy pronto una respuesta favorable.

Mi madre se la hizo saber á Gertrudis, que no sabia cómo agradecer, ni podia creer en tan gran beneficio.

Yo la escuchaba palideciendo y sin pronunciar una palabra.

—¿Qué quieres? me dijo mi madre: ¿no me has repetido veinte veces que habiamos contraido con Gertrudis una deuda

sagrada y que mientras no la pagases faltaria algo á tu felicidad.

—Sí, madre mia, es cierto.

—Pues bien: he ahí á la pobre, casada segun las inclinaciones de su corazon; ya no la debemos nada; sé feliz.

Callé; me separé de mi madre y me separé para llorar.

Yo tambien tenia un secreto, que no le habia todavia revelado.

La compasion, el reconocido afecto que me habia inspirado Gertrudis, se habian poco á poco cambiado en un sentimiento mas profundo, y en el instante en que iba á unirse á otro acababa de apercibirme de que la amaba.

No he podido olvidarla todavia: tal es el castigo con que espio mi pasion por el juego y las malas acciones que me ha hecho cometer.

Casi todas las personas que se dejan dominar por ese vicio hallan en él el deshonor y la ruina.

Yo he sido menos desgraciado que otros: una inaudita casualidad me ha devuelto mi fortuna en el momento en que parecia perdida para siempre.

Una gran moralidad puede sacarse de esta historia; nuevo ejemplo de los estragos morales que puede acarrear esta detestable pasion en un hombre honrado, y de los funestos resultados que tendrá siempre para él, si la divina misericordia no viene en su ayuda.

JOSÉ MUÑOZ GAVIRIA.

ESPLICACION Y APLICACION

DEL

FIGURIN DE MODAS.

FIGURA 1.^a—*Traje de convite, concierto y teatro.* El cabello está dispuesto en cuatro bandós ondulados á cada lado de la cabeza: los dos superiores están colocados sobre la frente: los dos inferiores son perpendiculares: el prendido está formado por canelones de cinta rosa y negra muy ancha colocados entre los bandós: termina por detrás en un nudo y caidas rosa y negras.

Vestido de glasé rosa: falda adornada al canto por un volante de 10 centímetros plegado á tablas: sobre cada una de estas, va cosido un madroño negro y otro en cada uno de los huecos que las tablas dejan entre sí: cuerpo escotado, y adornado, en el escote, por un grueso cordon de felpilla negra: un corpiño de terciopelo negro, llamado *cintura parisien*, está colocado sobre el cuerpo del vestido, formando por delante un peto no muy agudo, del que pende una borla de felpilla: este corpiño forma por detras otra punta muy prolongada; todo él está guarnecido de un cordon de felpilla del to-

do igual al del escote: en la punta de la espalda lleva otra borla, semejante á la del peto.

Cuatro largas caidas flotantes, dos á cada lado, descienden del corpiño negro sobre la falda, terminando en tres picos adornados de una borla de felpilla cada uno, y guarnecidos estos de madroños.

Manga corta, compuesta de bulloncitos de glasé rosa, alternados con otros semejantes de tul negro: sobre cada manga va colocado un lazo de terciopelo negro con caidas, adornado por dos madroños: otro lazo de terciopelo sin caidas adorna el pecho.

Camiseta de tul de seda blanco con mosquitas negras, y gola de blonditas negras, que continúan hasta el escote en una pequeña chorrera.

Guantes color de ante, de dos botones.

Este traje, muy lindo y fresco, nos parece tan á propósito para una señora jóven como para una señorita, tratándose de concierto y teatro: para convite, nos parece inadmisibile en la estacion presente, pues las damas que, por su alta posicion, asisten á los convites oficiales de la córte, es indispensable que se presenten del todo escotadas, y para comida de amistad, se viste de alto: será pues tan precioso como á propósito haciendo alto el cuerpo de glasé rosa en vez de hacerlo escotado, y la manga larga de codo y con otra interior de tul bullonada: el cuello deberá ser, en este caso, de encaje para señora, y de tul delicadamente frisado para señorita.

Tampoco aprobamos la total carencia de brazaletes, si este traje se adopta segun le presenta nuestro grabado: un aro de oro liso y otro de concha realizarian mucho el torneado brazo de una jóven: una casada, por corta que sea su edad, podrá adoptar una sarta de perlas ó de coral rosa, y un brazaletes de esmalte negro, tachonado de algunos brillantes.

Los pendientes serán adecuados á los brazaletes.

FIG. 2.^a—*Traje de baile.* Cabellos ondulados y formando pequeños bandós dobles á cada lado de las sienas, quedando estas muy descubiertas: la parte de detrás se enrolla en otro crepé que forma bandó ó romana; pero esta forma de peinado sentará mejor á las señoritas que lleven cortado el cabello, que es como lo presenta nuestro grabado: sobre la frente, y entre los bandós, una mariposa de pedreria, sujetando tres plumas blancas: dos de estas son pequeñas, y forman copete en el lado derecho del peinado, lo que prueba que este traje es propio de señora casada, porque los adornos de las señoritas están siempre dispuestos á la izquierda: otra larga pluma blanca parte de este copete, y va á caer por detrás sobre el cuello: á la derecha des-

ciende un rizo de cabello casi deshecho, lo que es elegantísimo, y otro igual cae sobre la espalda.

Vestido de gasé blanco con ramos de flores de diversos matices brochados: la falda es lisa de gran longitud y anchura; cuerpo de gasé blanco, y sobre este, otro de tul, cortados ambos en punta y fruncido el segundo en el escote, que termina por una blondita de oro: mangas formadas por un bullon de gasé blanco, y sobre este, otro de tul: un *echarpé* de tul sembrado de mós-cas de oro está colocado en banda, y sujeto en el hombro derecho y en el talle por dos rosas con hojas verdes: otras dos rosas adornan el hombro izquierdo y el pecho.

Segunda falda de tul blanco, levantada á la derecha por un lindo broche de flores, y á la izquierda por una sola rosa, como las que guarnecen el cuerpo del traje.

Pendientes y collar de gruesas perlas: del centro de este último, descendiendo otra sarta de perlas iguales, que se oculta en el pecho.

Brazaletes ricos, y guantes blancos como el zapato que es de raso, con lazos de blonda.

Tiene este traje dos cosas inadmisibles, lectoras mías: el cuerpo fruncido que la extravagancia francesa habrá adoptado tal vez, pero que ni las españolas ni las inglesas usan mas que para trajes de casa: y la banda que atraviesa el talle y que será bonita para una niña de tierna edad en un traje de estío, pero que de ningún modo os aconsejaré que lleveis á un baile: estas escentricidades esponen á la critica de las personas malignas y se deben huir siempre, para no dar un pretexto al ridículo: si los cuerpos fruncidos y las bandas alcanzasen éxito entre las personas de buen gusto, tendremos especial cuidado en participároslo: hoy damos una gran prueba de justicia y de desinterés, condenando algunos detalles de nuestro grabado.

En el número de lo inadmisibile, entra tambien la blonda de oro que guarnece el escote: esto es propio de trajes de máscara, y no de un elegante traje de sociedad: en suma, creemos fresco y lindo este traje haciendo el cuerpo liso con dos petos, y segun se acostumbra en todos los vestidos de baile: la berta hecha de tul plegado estará preciosa, sostenida por cuatro rosas, una en el pecho, otra en la espalda y otras dos en los hombros.

Al señalar los defectos del traje, no podemos menos de alabar la elegancia á un tiempo sencilla y suntuosa del peinado que recomendamos á nuestras bellas suscriptoras, como en extremo distinguido.

Seria tambien de muy buen efecto el prolongar la sarta de perlas, que caen sobre el pecho, partiendo del centro del collar hasta que quede bastante larga para

entrelazarla con la rosa del pecho, formando con las perlas algunas lazadas ó bucles caprichosamente desiguales.

FIG. 3.^a.—*Traje de niña*. Peinado en rizos á la inglesa, ceñido por una corona de margaritas.

Vestido de seda verde de forma *princesa* guarnecido de cintas de terciopelo negro.

Este traje está adornado por un volante, al que sirve de cabeza un terciopelo, que sube por el costado, guarnece el escote hasta el hombro, y vuelve á bajar para seguir cubriendo la cabeza del volante: los huecos de estos dos terciopelos están adornados con otros colocados en forma de V.

El cuerpo escotado es redondo por detrás y de corazon por delante: camiseta y mangas de organdí blanco.

Diremos de este traje algo parecido á lo que hemos dicho del primero: es casi inútil por su forma en esta estacion, por que las niñas, no solo no asisten á bailes y convites de etiqueta, sino que hasta se las retira de las comidas particulares de alguna importancia, para que no esperimenten las molestias de una formalidad impuesta é insoportable para la infancia.

Si quereis, pues, utilizar este lindo traje, suprimid la corona y cortadlo de cuerpo alto y manga larga, mis queridas lectoras: si le añadís un sombrero de terciopelo negro con plumas verdes y negras, unas botitas negras tambien con puntas de charol, y un pantalon guarnecido de encajes, vuestras niñas estarán encantadoras.

En nuestro próximo número tendreis una revista completa de trajes de baile y de visita, en la que os contaré todo lo nuevo que nos comunican los infinitos periódicos que recibimos de Paris, y que hemos pedido para participaros siempre todo lo que os pueda embellecer, con poco dispendio.

PAMELA.

PENSAMIENTOS.

Hay algo peor que la fealdad: el ridículo.

La virtud de muchos consiste en ser muy severos para los estraños y muy indulgentes para sí mismos.

Lo que menos se perdona son las virtudes que no se poseen.

LA VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Per todo lo no firmado,
MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.
